

Hija de la Fortuna*

4113334

VIAJE EN UNA NUBE DE MERENGUE

Mili Rodríguez V.

literatura

No es nada de fácil tomar distancia de una novela que te emborracha desde la primera línea, te lleva de Valparaíso a California y te muestra, con la mayor de las simplezas, los secretos sin fondo del amor. En las 429 páginas de *Hija de la fortuna* —quizás la mayor aventura de Isabel Allende, cada vez más exigida por su propio apetito literario y quizás por el desdén de la crítica refinada—, caben años, multitudes y soledades sin cuento.

Es (¿afortunada, irremediablemente?) la misma voz "garciamarquiana" desbordante que comparte con las novelas rosas y los cuentos de hadas el tono somnoliento, desmesurado, épico. Una escritura guapa, se diría, aunque quizás demasiado dulce, y siempre adornada con un invisible *fast-food* de lugares comunes y frases hechas. Como cuando Isabel Allende repite, en distintos momentos, "Lo que le daba a la escena un aire de irrealidad". O cuando, en algún episodio bastante penoso para los personajes, la casa está cubierta con "una bruma espesa como merengue".

Es un tono de casita-de-chocolate. Cada momento, cada lugar, cada personaje está amononado como por la voz de una abuelita decidida a envolver a sus nietos en la fantasía, a llevarlos sin pausa desde la nube de un sábado a la barriga de un barco, y desde allí a un campamento de mexicanos o chilenos en plena fiebre del oro en California, o a los sombríos dominios de los traficantes de niñas orientales en las zonas secretas de la creciente ciudad de



San Francisco, a mediados del siglo XIX.

CAMINO DEL AMOR

Toda la travesía de Eliza Sommers tras un improbable Joaquín Murieta desde Valparaíso a Sacramento se explica por la búsqueda del amor. Tres años de penurias y el violento y obscuro espectáculo del mundo —la expansión feroz del mundo— alcanzan para llegar conmovedoramente a la misma conclusión de aquel emperador chino que durante toda su vida hace buscar a un ruiseñor, hasta que descubre que el ave maravillosa canta (y ha cantado siempre) en su propio jardín:

—“Tal vez la estrella en la frente significa que está muerto. ¡Imagínate! Hice este tremendo viaje en balde”.

—“Nada es en balde. En la vida no se llega a ninguna parte, Eliza, se camina nomás”.

La línea de fondo de la novela describe así el camino del amor, desde el *shock* inicial, adolescente, la transgresión y la fuga, hasta el amor de la amistad, que se descubre justo donde no podía estar.

En esta temporada en que la estética china está de moda, la tumultuosa *chinoiseire* chileno-californiana de Isabel Allende tiene toda la seducción —los buenos y los malos, la escenografía, el vestuario— de los cuentos de hadas. Y también (...) de las películas de monitos animados.

* Allende, Isabel: *Hija de la Fortuna*. Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1999, 429 pp.